

Carmen Ruiz Barrionuevo

“El éxito del realismo mágico en Europa vino a camuflar la gran producción de Hispanoamérica”



Foto de Jacqueline Alencar

La profesora Carmen Ruiz Barrionuevo es una castellana con raíces andaluzas. Sus padres, procedían de Jerez de la Frontera y de Málaga. El padre ganó un concurso de profesor de literatura de media en Burgos, donde nació nuestra entrevistada. En la Universidad de Salamanca cursó su grado y doctorado. Se inició como docente en la misma USAL y le tocó iniciar la enseñanza de la literatura latinoamericana, en momentos en que esta literatura tenía poca resonancia en España. En su casa de Burgos ya había comenzado a leer a los latinoamericanos, llevada de la mano de sus padres, quienes sintieron simpatías por autores que procedían de esos países. Un concurso de oposición la lleva a Las Canarias. Y fue profesora de la Universidad de La Laguna durante diez años (1978-1988). Obtiene la Cátedra de Literatura Hispanoamericana en 1989 y así regresa a la Universidad de Salamanca, de la que se jubiló en 2018.

Ruiz Barrionuevo es una fiel y tesonera estudiosa de la literatura hispanoamericana. No solo la estudia, la promueve. Ha visitado a los países hispanoamericanos, compartiendo con sus escritores, organizando y participando en muchísimos eventos, integrando jurados en importantes premios. Fundó y dirigió la Cátedra de Literatura Venezolana «José Antonio Ramos Sucre». Fue Vicepresidenta del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, del 2008 al 2012. Obtuvo el premio «María de Maeztu» de la Universidad de Salamanca a la excelencia investigadora (2008). Ha trabajado autores de los siglos XIX y XX, cubanos (José Martí, Julián del Casal, José Lezama Lima, Gastón Baquero, Virgilio Piñera) y venezolanos (José Antonio Ramos Sucre, Ana Enriqueta Terán, José Balza), así como poesía y prosa de los mismos siglos desde el modernismo. Entre sus publicaciones podemos citar *El «Paradiso» de Lezama Lima* (1980); *La mitificación poética de Julio Herrera y Reissig* (1991); *Rubén Darío* (2002); *Asedios a la escritura de José Lezama Lima* (2008). También ha realizado ediciones y trabajos críticos acerca de Gonzalo Rojas, Carlos Germán Belli, Álvaro Mutis, y Jorge Volpi. Organizó en 2000 el XXXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), cuyas actas se publicaron como *La literatura iberoamericana en el 2000. Balances, perspectivas y prospectivas* (2003). Dirige actualmente

la revista Guaraguao, del Centro de Estudios y Cooperación para América Latina (CECAL)¹.

Formada en una Universidad y una región clave para la Literatura Española, por sus autores y su referencia, como lo es Salamanca, ¿cómo logró interesarse en la Literatura Latinoamericana?

-Esta pregunta me obliga a recordar mi trayectoria, cosa que puede ser conveniente porque así se explica bien cómo a veces el azar, unido al interés de cada persona, puede propiciar una dedicación o una vocación. Desde que tengo memoria me llamó mucho la atención la literatura escrita en América Latina. Muy joven leí algunos libros que mi padre, profesor de literatura y buen lector, tenía en su biblioteca. Era la época de la dictadura de Franco, las décadas de los años 50 al 70 del siglo XX, y los libros llegaban con dificultad, había que acudir a las ediciones de Espasa, a la famosa Colección Austral, o bien a las de Losada, la editorial argentina, cuyos libros, en algún caso, eran poco accesibles por la censura y el elevado precio. Leí, entre otros, *La vorágine* de José Eustasio Rivera, que apenas había tenido eco en España, *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, y por supuesto *Doña Bárbara*. En estas décadas del pasado siglo, el acceso a los libros y la cultura en general eran difíciles y en condiciones poco aceptables, ciertos autores de renombre eran casi inaccesibles en su integridad, puedo poner unos ejemplos: se leía *Altazor* de Vicente Huidobro en ediciones mutiladas y era casi imposible acceder a la poesía de Pablo Neruda, salvo, en algún caso, con la complicidad de los libreros. En general la censura actuaba por cuestiones ideológicas y religiosas. Me acuerdo haber asistido a un acto en Salamanca en los años 70, los últimos de la dictadura, en el que el gobernador civil intentó prohibir un recital de poetas españoles porque uno de ellos pensaba dedicar un poema a Neruda. En este ambiente, en el que no llegaban libros y eran escasas las noticias, leía lo que llegaba a mis manos con interés. Al término de mis estudios en la Universidad de Salamanca, se me presentó la posibilidad de entrar como profesora ayudante de Literatura Española en la Facultad de Filología. Así empecé una carrera académica que por una situación fortuita se inclinó hacia la literatura de la América Latina. Y es que en aquellos años que yo empezaba, 1973, 1974, no había muchos profesores que se atrevieran a impartir docencia de autores latinoamericanos. Se me ofreció y yo acepté el reto, aunque las dificultades habían de ser muchas. En un ambiente dominado por los autores de España, no había información ni medios, la biblioteca Filología de la Universidad tan solo contaba con algunos libros dispersos, fruto de las donaciones de los escritores hispanoamericanos, y otros, que, de manera casual, habían aparecido en los anaqueles. Por eso, mi trabajo en aquellos momentos era disperso, no tenía una biblioteca aceptable, y tampoco podía contar con los libros que había en Madrid, en la Biblioteca Hispánica, porque era imposible asumir los gastos de estancia y alojamiento, y el préstamo a distancia no existía. Sin embargo, algo vino a cambiar la situación. Por aquellos años los narradores hispanoamericanos se habían hecho presentes en las librerías, fue aquel fenómeno estimulante que se denominó el Boom de la narrativa latinoamericana, y poco a poco fueron llegando libros, es verdad que, con poca sistematización, pero cualquier libro, o cualquier revista, eran valiosos entonces y los podía adquirir en las librerías de Salamanca o de Madrid. Así me fui haciendo con una biblioteca propia, de la que llegaron a formar parte algunos hallazgos significativos, como por ejemplo la lectura de *Paradiso* de Lezama Lima, el volumen de la Órbita de Lezama Lima que reunió Armando Álvarez Bravo y la Valoración Múltiple que, sobre el mismo autor, apareció en Casa de las Américas de La Habana, todos me ayudaron a desentrañar ese mundo fascinante. Lezama, y José Martí, en otro sentido, tuvieron la culpa de que mi inclinación como investigadora de la literatura en aquellos comienzos fuera hacia los autores cubanos, sobre los que empecé a escribir algunos ensayos. Enseguida aparecieron otros como Alejo Carpentier y Julián del Casal, por ejemplo. Pero también la literatura de otros países, sobre todo el modernismo en diferentes zonas, empezando por Rubén Darío, tan devaluado entonces en España frente a la denominada “Generación del 98”. Creo que los años de 1975 a 1990 fueron una época decisiva para la implantación en España de los estudios latinoamericanos en las universidades españolas. Porque mi generación fue la primera en la que surgieron profesores y críticos que se desprendieron de la rémora paternalista y moralizante emanada de la Cultura Hispánica franquista. Con todo, fue lento el proceso en aquellos años, pero un dato importante fue que ya, en ese tiempo, otras universidades, aparte de Madrid, Sevilla o La Laguna, que fueron las pioneras, se interesaron en tener algún especialista en la materia, siempre dentro de los Departamentos de Literatura Española.

-Una de las cosas que echo de menos en mi formación es la ausencia de orientadores o maestros que me guiaran en las letras de Latinoamérica en la Universidad. Para mí fue un trabajo muy solitario, lo que implica búsquedas a veces inútiles, rastreos de obras que solo se conocen por el título, desencantos, pero también satisfacciones memorables, como la ya citada de Lezama.

-En 1978 empecé una nueva vida académica en la Universidad de La Laguna, a la que llegué después de ganar un concurso oposición nacional, celebrado en Madrid. En la isla de Tenerife encontré una biblioteca especializada en la literatura de América Latina, suficiente y bien organizada, que me ocupé de incrementar con un presupuesto que se nos concedía anualmente. Esa fue una etapa decisiva de mi formación y en los diez años que permanecí en la isla de Tenerife encontré un ambiente

¹. Para consultar la obra crítica de la profesora Ruiz Barrionuevo, invitamos a visitar su sitio en Diannet: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=89333>

mucho más receptivo y formador que el que había tenido en Salamanca. Allí empezaron a aparecer algunos autores venezolanos, en principio Manuel Díaz Rodríguez y Miguel Otero Silva, justificado el primero por sus orígenes canarios, sobre los que, años después, dirigí dos tesis doctorales. También pertenecí al Instituto Estudios Hispánicos de Canarias que tenía su sede en el Puerto de la Cruz y allí organicé y participé en numerosos ciclos y conferencias de tema latinoamericano. Por cierto, que, como dato curioso allí conocí a Rafael Caldera que fue invitado para impartir una conferencia. También el grupo de estudiantes de doctorado que había logrado formar en la Universidad de La Laguna era sólido y entusiasta, de ello dan prueba las siete tesis doctorales que pude dirigir a estudiantes canarios que, hoy día, son profesores, están en activo o han realizado una excelente labor académica, tanto en la Universidad de La Laguna, como en la de Las Palmas de Gran Canaria.

-En 1988, de nuevo volví a Salamanca, fue un comienzo muy duro, tal vez demasiado. Lo peor era que no había comprensión ni apoyo para la lectura y el estudio de las letras de América Latina, los primeros siete años fueron muy difíciles, hubo que formar una biblioteca y también conseguir que las personas fueran receptivas, tanto profesores como estudiantes. La situación vino a cambiar hacia 1995 cuando progresivamente se asentaron los estudios, llegaron cada vez más estudiantes latinoamericanos y se pudo comprobar que tanto los escritores como los estudios tenían interés y calidad. De 1993 a 1995 se fundó y comenzó a funcionar con regularidad la Cátedra Ramos Sucre, a la par que los cursos y los Encuentros de escritores venezolanos. También llegaron los primeros estudiantes venezolanos e hispanoamericanos. Creo que ese fenómeno supuso un apoyo y fue una parte importante del afianzamiento de los estudios que continuó creciendo hasta mi jubilación en 2018.

¿Qué aportes cree usted ha dado la literatura latinoamericana a la literatura universal?

-Hoy día se habla de literatura escrita en español, y creo que es una buena perspectiva, debemos pensar de manera más amplia en el vehículo de comunicación que es la lengua, y dentro de ella observar cómo los escritores latinoamericanos han infundido su propia personalidad y su visión del mundo a través de ese instrumento. De ese modo todos ellos se han hecho una escritura, a partir de un lenguaje, que son suyos, porque le han inscrito su propia personalidad. Este rasgo, que me parece decisivo, lo apuntó, premonitoriamente, hace muchas décadas, un crítico especialmente importante para la literatura del continente, el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Y es que, en los últimos tiempos, esa literatura ha conseguido una consolidación, una particular visión, que es reconocida como una escritura. Nadie puede negar la evidencia. Otra cosa podíamos pensar, porque la pregunta se refiere a la literatura latinoamericana en general, pero también es visible que podemos enfocar la perspectiva de modo más restringido en la existencia o la consolidación de las literaturas nacionales. Creo que en ellas hay una personalidad definida, al menos en varias de ellas, y cualquier lector habituado a transitar por las páginas de autores de los países latinoamericanos, con seguridad puede hablar de literatura argentina, mexicana, peruana, venezolana, etc. Pero volviendo al comienzo, la pregunta está bien formulada, porque creo que sí existe una literatura latinoamericana con rasgos personales, que cuenta en el universo literario, y no hay contradicción en hablar también de literaturas nacionales de los países. En este sentido, los que manejamos el español de España sentimos con nitidez, el hecho de que los escritores nacidos en América han aportado una perspectiva nueva. Un lector de aquí percibe enseguida cuando un texto está escrito por un autor de un país latinoamericano, se trata de que se construye una visión distinta, otro acento, muy en especial en el manejo de la palabra. Es una cualidad que en los años del Boom tuve la posibilidad de advertir. Los numerosos lectores cercanos de obras literarias, que conocía y trataba, sabían que esos libros, cuya lengua estaba construida con nuestras mismas palabras, venían y llegaban a mundos nuevos, a percepciones que se marcaban a través de una sensibilidad y una sensorialidad diversa. Me gusta recordar la aparición en las librerías de libros como *La casa verde*, *Rayuela*, *Cien años de soledad* o *Paradiso*. El imaginario que se desplegaba en ellos, su lenguaje, el manejo de la escritura, el modo de situarse ante la palabra sin complejos, pero también con un extremado rigor, era algo muy evidente desde aquella década de 1960 y en las que continúan.

-Por fortuna ya no existe el recelo o el resquemor de que, a fines del siglo XIX se quejaba Ricardo Palma, cuando en sus viajes a España, o en la correspondencia con Miguel de Unamuno, insistía en la inclusión de americanismos en el Diccionario de la Lengua. Ello se ha subsanado felizmente, y la escritura de nuestro idioma común es apreciada por su calidad y no por su lugar de origen a un lado u otro del océano. Escribir bien, del tema que cada uno quiera, pero siempre bien. La buena escritura es un objetivo muy difícil, pero también atractivo. Eso se demostró ya en la segunda parte del siglo XX, cuando se tuvo que reconocer en la propia España que esos autores del Boom manejaban la lengua española con un oficio demostrado, se imponían un deber y un esfuerzo ante la página en blanco, y siempre al servicio de imaginarios personales que marcaban una impronta en el instrumento común.

-En definitiva, sería imposible responder qué aporta esta literatura a la literatura universal, salvo si se contempla dentro de ese lenguaje y dentro de él en la construcción y la presencia de imaginarios propios. El tiempo además irá marcando las razones, las diferencias, el valor que cada literatura ha llegado a aportar al conjunto total. Todavía no tenemos una completa perspectiva.

¿Qué le llamó la atención de la Literatura de Venezuela?

-Empecé, como la mayoría, a leer a Rómulo Gallegos, en la edición de Espasa, la famosa colección Austral, a la que tanto debemos los lectores de mi generación. *Doña Bárbara* me fascinó. Más tarde, pude acceder a otras ediciones como las de Seix Barral, donde estaba publicado Miguel Otero Silva, que fue un autor que circuló bien por España. También conocí la obra singular de Arturo Usler Pietri, y los finiseculares y modernistas como Manuel Díaz Rodríguez y Rufino Blanco Fombona, cuya labor editorial en España me llamó mucho la atención, y por desgracia no se le recuerda como se merece. Luego vinieron otros autores que más adelante se publicaron en España, como Salvador Garmendia, cuyas *Memorias de Altagracia* se editaron en Madrid en su estancia de Consejero Cultural de la Embajada de Venezuela. Como se puede apreciar los nombres de los escritores venezolanos iban apareciendo en las lecturas sin apenas sistematización, la oportunidad o el encuentro fortuito tenían mucho que ver.

-Mayor orden vino a poner en el conocimiento literario de lectores como yo, ese fenómeno decisivo en la difusión de la literatura latinoamericana y venezolana, que es la Biblioteca Ayacucho. Creo que hoy día se ha olvidado injustamente lo que su aparición representó, sobre todo cuando empezaron a publicarse los primeros volúmenes en los años 1970 a 1980. Hacia esa última fecha tengo conocimiento de la llegada a España de los primeros volúmenes. La librería Ínsula de Madrid, con la que estaba en contacto para conseguir los libros con destino a la biblioteca de la Universidad de La Laguna, me envió el catálogo. Hay que recordar que esa librería fue fundada por los promotores de la revista del mismo nombre y, que en esos años, que tan difícil era conseguir traer los libros de América Latina, era una de las pocas que estaban especialmente abiertas a la llegada de publicaciones de los países de ese continente. En esos momentos estaba gestionada por el también escritor Manuel Martínez Azaña, sobrino nieto del presidente de la República Española, Manuel Azaña. Fue así como sistemáticamente fueron llegando a La Laguna los libros de la Biblioteca Ayacucho, muy costosos como obras de importación, pero realmente imprescindibles. Esta colección es un ejemplo excelente de cómo la labor editorial puede servir a los lectores y abrirles un inmenso camino. Fue allí donde pude leer excelentes ediciones de autores latinoamericanos, pero si nos fijamos en los venezolanos, puedo recordar a Manuel Díaz Rodríguez, Teresa de la Parra, Andrés Bello, Simón Bolívar, Andrés Bello y otros, para mí tan decisivos, como José Antonio Ramos Sucre.

-Si se me pregunta directamente qué me llamó la atención de la literatura de Venezuela en los primeros años en los que tuve acceso a ella, fue sobre todo la novedad de la narrativa más lejana en el tiempo, tan distinta a la que podía leer en los autores españoles, luego fueron apareciendo otros nombres y la literatura de Venezuela se amplió considerablemente hacia su presente, pude fijarme en los poetas, y en los narradores más actuales. La variedad de perspectivas vuelve a ser fundamental para cualquier lector o cualquier estudioso, ese conectar con el mundo teniendo en cuenta la propia vivencia y hasta la propia historia. En algún momento las figuras de Mariano Picón Salas entre los ensayistas y Guillermo Sucre como poeta y crítico, sin duda, alcanzaron el máximo nivel en mi apreciación. Ya en los primeros años de la década de 1990 la creación de la Cátedra Ramos Sucre en la Universidad de Salamanca propició un mayor acercamiento a autores venezolanos, empezando por José Balza que tuvo tanto que ver con la implantación de la Cátedra. La nómina de los escritores que presentaron su obra en esos años es realmente sorprendente, incluso hoy día, está lo mejor de la escritura venezolana. En un comienzo existió el empeño de que conociéramos los autores más consagrados y leídos en Venezuela, pasados los años y ya gestionada la Cátedra por el CENAL, tuvimos la oportunidad de leer y dialogar con los autores más jóvenes. Todas ellas fueron experiencias difíciles de olvidar.

La Literatura Venezolana parece desde hace muchísimos años despertar pocas veces el interés de los investigadores europeos. ¿A qué cree usted obedece ese tímido interés? ¿Acaso a que esa literatura no tiene logros tan importantes como otros países, como Argentina, México y Cuba, por ejemplo?

-Tal vez la propia historia ocultó en su día a la literatura venezolana, justo cuando escritores de otros países del continente conquistaban las editoriales españolas y europeas y se hacían con el público lector. Ese momento estuvo marcado por una circunstancia de la época, mientras los escritores de otros países salían afuera para salvar sus vidas y sus libertades, obligados por las dictaduras y los regímenes represivos, y a la vez les surgían otras vivencias, los escritores venezolanos se mantuvieron en repliegue, solo un par de ellos aprovechó tímidamente el impulso del Boom. Creo que esto fue decisivo para ese solapamiento. No podemos olvidar que la crítica va a remolque de las ventas editoriales casi siempre y la literatura venezolana no aparecía en los catálogos editoriales. Recuerdo que cuando se fundó en Salamanca la Cátedra José Antonio Ramos Sucre, en 1993, revisé los catálogos editoriales y los nombres de los escritores venezolanos que circulaban por España, y pude comprobar que eran los mismos que en las décadas precedentes, con alguna novedad que había suscitado poca atención y poco calado en los lectores y los estudios universitarios.

-No creo en literaturas mayores ni menores, tal vez se puede hablar de conjuntos literarios que se conocen y otros que

se desconocen. La literatura de Venezuela, o mejor dicho sus escritores, no se dieron a esa agresividad, necesaria en un mundo en que ya primaban los agentes literarios y las grandes editoriales. Porque es evidente que hay autores grandes en la literatura de Venezuela. Es fácil de percibir. Voy a referirme solo a dos que considero clásicos: José Antonio Ramos Sucre y Teresa de la Parra. Respecto al primero, todavía en la década de los años 90 me encontré con circunstancias insólitas al proponerlo como tema de conferencia en un centro español. La obra del poeta de Cumaná, era totalmente desconocida en España y en Europa, incluso las historias literarias, publicadas en el continente, como la muy consultada de Giuseppe Bellini, no lo incluían. Recuerdo que, en una ocasión en un congreso, Bellini me escuchó una ponencia sobre él y al hablar conmigo, reconoció que era una carencia importante no haberlo citado en su historia de la literatura hispanoamericana. Es imposible ocultar la obra de Ramos Sucre en estos momentos. Ahora produciría asombro, y hasta censura, observar que en la crítica y en las historias literarias apenas se le cite más que por compromiso. A su conocimiento y valoración ha contribuido la presencia de venezolanos como Eugenio Montejo, que, en los años 90 prologó una antología de su obra traducida al portugués. En cuanto a Teresa de Parra es, incluso ahora, la gran desconocida en los medios académicos de mi país. Tengo experiencias directas de cómo la leen los estudiantes españoles y europeos cuando se les presenta la oportunidad, --porque en las clases de las universidades españolas contamos con intercambios Erasmus--, y cuando se propone como lectura *Ifigenia* o *Memorias de Mamá Blanca* la reacción de los estudiantes es muy positiva, llena de interés y de asombro. Son capaces de percibir la calidad y su carácter de clásico, que es lo que permanece a través del tiempo, en definitiva.

-Respecto a Ramos Sucre, hay una noticia importante, por primera vez va a ser publicado muy pronto traducido al portugués con alguna extensión, será en una antología que recogerá unos ochenta poemas de su producción. Los textos ya están traducidos y casi está finalizada la obra que se presentará a fines de este año. Llevará un prólogo del poeta y crítico portugués José Rui Teixeira, que tuvo la oportunidad de leer y conocer su poesía hace unos años. Creo que esta es una muestra más de la lenta pero segura difusión de la obra del poeta de Cumaná. La publicación es fruto del asombro que en su día le produjo la lectura del autor y de la íntima convicción de José Rui Teixeira de la genialidad de Ramos Sucre. No dudo que la antología conseguirá su objetivo de acercarlo en su verdadera esencia a los lectores portugueses.

Y en ese tímido interés por la Literatura Venezolana se ha vuelto rutina ocuparse de unos pocos autores: Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri y últimamente de Rafael Cadenas, entre los pocos que se estudian. La Cátedra Ramos Sucre, fundada y dirigida por usted, ha venido desarrollando una labor de estudio y divulgación, que ha permitido mostrar un espectro mayor de nuestra literatura. Pero ese trabajo solo lo observamos en Salamanca, en el resto de España, y diríamos de Europa, ese desinterés persiste. ¿Qué puede hacer Venezuela para superar esa situación?

-Quizá los venezolanos estén haciendo algo ya en este mismo presente, porque otra vez la historia obliga y nos marca. Hace unos años la referencia a autores de origen venezolano en la prensa y la crítica española era casi inexistente, sin embargo, ahora no es raro encontrar títulos de autores venezolanos que publican fuera de su país y a la vez propician la publicación de otras obras de autores varios de su mismo origen desconocidos en España. Es el caso de los escritores venezolanos que viven en Madrid, con algunos de los cuales he tenido y tengo buena relación, Juan Carlos Méndez Guédez y Juan Carlos Chirinos, por ejemplo. Hace décadas no se efectuaban reuniones, recitales ni homenajes a autores venezolanos, pero hace pocos años se está haciendo con cierta frecuencia. Lugares de encuentro conocidos son la Casa de América de Madrid o el Instituto Cervantes, donde puedo recordar, tuvo lugar el homenaje a José Balza en sus 80 años en septiembre de 2019.

-Me alegra que se hable de la Cátedra Ramos Sucre de Salamanca como difusora de la literatura venezolana en mi país. Realmente en los años de su vigencia ha sido un foco realmente decisivo y un lugar de referencia, incluso en Europa, para los estudios sobre Venezuela. Fue algo que llamó la atención de colegas franceses y alemanes, algunos de los cuales llegaron a expresármelo, recuerdo alguna conversación con François Delprat, por cierto, importante venezolanista, y Karl Kohut que tanta actividad desempeñó en los estudios latinoamericanos. La trayectoria de la Cátedra ha sido intensa desde su fundación en 1993 mediante convenio con la Universidad de Salamanca con el Consejo Nacional de la Cultura (CONAC) de Venezuela, luego con el CENAL. Hoy día, revisando el listado de actividades no deja de sorprender el número y la intensidad. Integradas las actividades, primero en el Doctorado y luego en el Máster del Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana, constaban de un curso o dos anuales y un Encuentro de Escritores Venezolanos en el mes de noviembre, siempre con la presencia de numerosos poetas y narradores de esta procedencia. Las actividades se extendieron en algunas ocasiones al Ateneo de La Laguna en la isla de Tenerife, e incluso pudo hacerse alguna de ellas en Madrid. Siempre que recuerdo estos eventos no puedo menos que agradecer la confianza y la generosidad de su promotor, el escritor José Balza, que tanto hizo por la firma del convenio. Hoy aparecen en la nómina alrededor de cuarenta cursos impartidos por docentes prestigiosos, todos ellos pueden verse en <http://literatura.usal.es/html/es/contenido/index.html?handle=catedra-ramos-sucre-principal> pero me gustaría recordar algunos, como Pedro Díaz Seijas, José Balza, Víctor Bravo, Luis Barrera Linares, Domingo Miliani, Ednodio Quintero, Carlos Pacheco, Judith Gerendas, Verónica Jaffé, Laura Antillano, Celso Medina, Alberto Rodríguez Carucci, Cósimo

Mandrillo, Camila Pulgar, Carlos Sandoval, Nelson Guzmán, y otros tantos. También fueron bien recibidos los Encuentros Venezolanos, por cierto, idea de Juan Carlos Méndez Guédez en su época de Salamanca, de los que llegaron a celebrarse veintidós, hasta 2018. Todos ellos fueron una fiesta de la escritura venezolana, tal vez podríamos recordar algunos de los que tengo especial memoria, como el primero, en el que participaron José Balza, Luis Britto García, Rubi Guerra, Juan Carlos Méndez Guédez y Slavko Zupcic en el otoño de 1995. Alma de estos Encuentros eran ya algunos estudiantes venezolanos que, como Juan Carlos Méndez Guedez y Juan Carlos Chirinos, se habían incorporado a los estudios de la Facultad. El tercer Encuentro nos permitió conocer en persona y obra a Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, Lázaro Álvarez y Juan Carlos Chirinos. El cuarto a Elisa Lerner, Silda Cordoliani, Carlos Noguera e Israel Centeno. Y por no seguir una enumeración que puede ser larga hago solo referencia al quinto Encuentro con la presencia de Ana Enriqueta Terán, María Clara Salas y Edda Armas. En todos ellos se fueron incorporando otros estudiantes venezolanos que fueron llegando, como, Alberto González, Juan Carlos Méndez Guédez, Juan Carlos Chirinos, Octavio González, Lázaro Álvarez, Celso Medina, Maylén Sosa, Dilia Fernández y Michel Ángel Campins, entre otros. Los coordinadores de la Cátedra en Caracas fueron especialmente entusiastas y gestionaron bien las invitaciones, anoto únicamente los nombres de Edda Armas y Miguel Márquez. Además, en los últimos años el Encuentro se hizo más participativo para los jóvenes incorporando un recital de estudiantes españoles y latinoamericanos que cursaban sus estudios en la Universidad de Salamanca. Los coordinaba Vega Sánchez Aparicio y fueron teniendo al pasar de los años una mayor entidad.

-En definitiva, creo que esta actividad fue importante en su época, porque propició la salida al exterior de autores venezolanos con la posibilidad de presentar sus obras. Es la mejor manera de luchar contra el desconocimiento. El hecho mismo de que Rafael Cadenas obtuviera el Premio Reina Sofía en 2018 es fruto de que el autor empezó a ser conocido en España, y que su obra era accesible. Otros escritores se han quedado en el ámbito venezolano. Contra eso hay que luchar, hay que salir al exterior, intentar publicar y dar a conocer las obras. Obtener lectores fuera del propio país.

Venezuela atraviesa una crisis sociopolítica bastante compleja. Es lógico que ella se refleje en la escritura de sus autores literarios. ¿Ha leído usted la llamada literatura del exilio venezolano? Tiene mucha difusión. Incluso, hasta su marketing.

-Es curioso que los autores de los que me he ocupado más en mi vida académica, procedan de dos países que cuentan con escritores migrantes y con producción fuera de las fronteras de sus países, o literatura en el exilio. Aunque no sé si ya se ha afianzado la palabra “exilio” para referirse a ese fenómeno, porque he comprobado que no todos los escritores y críticos la reciben con la misma anuencia. En todo caso, hay una diferencia destacada y evidente, la diáspora cubana es antigua y dilatada, muy reciente la venezolana. Las dos son dolorosas separaciones, con mayores o menores radicalismos, prohibiciones y desarraigos; en definitiva, de una manera u otra, se propician exclusiones y olvidos, intentos de silenciar las voces no afines, muy en especial las de determinadas posiciones ideológicas. Y, sin embargo, como en el caso de Cuba, la literatura venezolana es una sola. Por mucho que se intente olvidar o solapar alguna voz disidente por parte de la contraria enfrentada, la historia la volverá a su centro en el momento oportuno. Recuerdo ahora el caso del cubano Gastón Baquero, tantas décadas excluido de las nóminas de la literatura cubana y que al final ha tenido que ser reconocido como lo que es, un gran poeta cubano que hizo la mayor parte de su obra en España. Bastantes casos más aparecen en la literatura de Cuba.

-En un momento en que ese fenómeno de la diáspora o del exilio es tan reciente en Venezuela, pues comenzó en la década de los años 90 del siglo pasado, no tenemos perspectiva para valorar su potencia o desarrollo, pero igualmente la historia literaria tiene que acoger ese fenómeno y analizarlo, enjuiciarlo y valorarlo. Olvidarlo o dejarlo al margen es intentar negar la evidencia misma del suceso, que fue y es algo muy real. En efecto, he visto que hay algún concurso literario para escritores venezolanos en el exilio, Latidos del exilio venezolano, creo que es uno de ellos, son fenómenos nuevos que se plasman ya en estudios, reflexiones, lecturas de textos, y en entrevistas varias a los propios escritores. Una nota frecuente en ellos es el desarraigo, las tensiones entre los dos lugares, el aquí y el allá, el sentimiento de que se escinde o se diluye la pertenencia a un lugar. Y ello se conjuga con el sentimiento de diáspora. Pero sin duda esta producción literaria forma parte de la literatura venezolana y sería imposible realizar un estudio total de esta literatura sin tenerlo en cuenta, cerrar los ojos a esa realidad es inútil, existirá mientras exista la polaridad política, y aun después, ya que por ahora no encuentra una solución. En España, y con más precisión en Madrid, se han asentado varios escritores venezolanos, algunos llevan ya unas décadas, como Juan Carlos Méndez Guédez o Juan Carlos Chirinos, ambos forman parte de esa “literatura diaspórica” que percibía Gustavo Guerrero en la narrativa de su país. Otros como Eduardo Sánchez Rugeles llegaron después y algún otro, como Antonio López Ortega, se ha asentado en las Islas Canarias. Todos ellos formarían parte de esa narrativa de la diáspora venezolana que en España está teniendo una gran actividad, por las publicaciones, actos y presentaciones en los que participan, sin duda todos ellos mueven sus obras en los medios españoles y están alcanzando una gran visibilidad. A ello se añade el que en esta época la difusión también se realiza mediante el movimiento por redes sociales. Ha sido muy comentada una obra de una escritora que no hace

tanto se incorporó a la vida madrileña, Karina Sainz Borgo, cuya novela, *La hija de la española*, parece que ha tenido bastante aceptación. Pero anteriores en el tiempo hay que situar las amplias producciones de Méndez Guédez, Chirinos y Sánchez Rugeles que han sabido manejarse bien en el mundo editorial.

-Volviendo a reflexionar sobre el término exilio, hay que tener en cuenta que existe una contraparte, el denominado insilio o exilio interior, un fenómeno más silencioso y oculto, pero que llegará a percibirse en más de una escritura que se mantiene con persistencia en el propio país. No son, uno y otro, fenómenos tan desconocidos, ambos se han dado en muchos países y en muchas literaturas. Y ya casi no se recuerda, o se recuerda poco, que uno de los grandes exilios de la historia fue el de los intelectuales españoles después de la Guerra civil de 1936 a 1939. La España de Franco perdió a los más destacados escritores, pero también, a los profesionales más brillantes. Ello se reproduce ahora en Cuba y en Venezuela, también sucedió durante unos años en Chile, en Argentina y en otros países, aunque el caso de la isla caribeña haya sido el más duradero.

-En definitiva, pienso que la obra literaria se define por su calidad, los autores del exilio serán valorados en relación con su producción, sin dudar que el fenómeno debe estudiarse con detenimiento, pero cada autor del exilio también pertenece a esa única literatura venezolana dentro de la cual los escritores de la diáspora deben ser comprendidos en las coordenadas que constituyen su especial circunstancia, en la que se combina el país de origen y el país de acogida.

¿Cómo visualiza hoy el estado del arte de la crítica literaria en Europa?

-El concepto de crítica literaria presenta dos vertientes, una académica, más lenta y detenida, más volcada casi siempre a los autores ya consolidados, y a la que me referiré más adelante, y la otra que es la practicada por los críticos literarios, que deben realizar una importante labor en los suplementos, las revistas literarias y de divulgación. Los críticos literarios tienen una función decisiva, pues efectúan una llamada de atención respecto a la sociedad en la que se ubican, leyendo y valorando las obras más recientes, evaluando el hacer de los escritores, seleccionando y sancionando el valor de cada obra que aparece en ese mercado literario. El planteamiento sin embargo no es tan sencillo puesto que la labor del crítico suele estar mediatizada por el mercado literario donde se establece una pugna entre las grandes y las pequeñas editoriales, con la influencia y la mayor presencia de las obras publicadas en los grandes centros de poder. Este problema es visible en el mercado literario español, en el que las pequeñas editoriales sobreviven con catálogos cortos que muchas veces acogen obras de calidad y que llegan a tener menor visibilidad. Es importante considerar el mercado de la lengua española en su conjunto. Hoy por hoy, las grandes editoriales en español están en España y de todos es sabido que la mayoría de los escritores del continente latinoamericano desean publicar en esas editoriales españolas. Pero es evidente que ese deseo entra en conflicto con la parte económica que depende de la voluntad del lector que compre el libro y también de la promoción realizada tanto por el propio escritor como por los críticos literarios. En las últimas décadas, después del éxito de los autores del Boom que duró casi las cuatro últimas décadas del siglo XX, y una vez pasados algunos éxitos notables, como ha sido el caso de la narrativa de Roberto Bolaño, se ha podido advertir un cierto descenso en el interés del lector por los autores latinoamericanos. Ello ha coincidido también con una mayor expansión de los autores españoles, muy en especial los narradores, una vez asentada la democracia en España. Si revisamos los catálogos de las editoriales, podremos observar que los grandes autores de la literatura latinoamericana, los que se consolidaron hace décadas, siguen vigentes, en cambio los autores contemporáneos o más recientes, entran con alguna dificultad en esos catálogos. Los casos de José Balza y de Ednodio Quintero, por referirme solo a los venezolanos, son paradigmáticos de ese difícil pero merecido éxito. Es evidente que esta selección también condiciona la labor del crítico literario. Por fortuna, las nuevas tecnologías intervienen para paliar la situación y proporcionan a los lectores la posibilidad de leer y comentar directamente obras que de otro modo no alcanzarían a aparecer en papel impreso. Este fenómeno viene a soslayar la labor del crítico literario que ya no lleva a cabo la misma función que en los tiempos anteriores a internet y a la aparición de los blogs literarios. Por esta razón, creo que la crítica literaria no pasa por un buen momento, y no solo en Europa. Ya la opinión del crítico no es la única que se escucha. El lector, en contrapartida ha alcanzado una posición decisiva.

-Respecto a la crítica académica, la que se realiza en las universidades, está sometida a una serie de pautas que lastran en cierta medida la novedad de las obras más recientes. También hay una tendencia a volver una y otra vez sobre los mismos autores dejando descuidadas parcelas de la literatura que debían analizarse. La obsesión metodológica es también algo que condiciona los resultados, y a veces, esa misma metodología ahoga el estudio directo de la obra del autor. El enjuiciamiento directo de la obra, sin embargo, sigue siendo fundamental, la lectura del texto siempre con una metodología que incluye la teoría crítica derivada de las grandes corrientes europeas. También se observa que los estudios culturales son más limitados, respecto a Estados Unidos, en Europa y también en España, donde pesa todavía mucho la tradición filológica, es decir el estudio e interpretación del texto.

-Si observamos las temáticas de los trabajos, y para referirnos solo a los autores latinoamericanos, los que eclosionaron en la segunda parte del siglo XX son los más tratados y abordados hasta la saciedad en artículos y tesis en sus diferentes grados.

Se puede pensar en Borges, Rulfo o García Márquez. Es notorio que ello no es negativo, porque indica una valoración de esa escritura, pero también es muy cierto que hay muchos autores, e incluso épocas literarias, que se olvidan o se abordan poco en los estudios académicos. Recuerdo que hace unos años me planteé un trabajo sobre el siglo XVIII mexicano, en el que intentaba revisar las lecturas que pasaron de uno a otro continente. Dada que esta es una época crucial porque antecede la independencia, la presencia de determinados libros, o su ausencia, podría ser significativa. A lo largo de mi trabajo advertí algo que ya sospechaba, que es una parcela necesitada de estudios y de dedicación, que es un terreno inexplorado, que no presenta el empaque inmediato de un autor consagrado, pero que a la larga compensa sin duda con interesantes hallazgos. Y ya que estamos hablando de Venezuela, uno de esos trabajos que entran dentro de esta misma línea y que me planteé hace unos años, fue el abordaje de la obra de Juan Germán Roscio, un autor que apenas es conocido fuera de Venezuela, pero que es de una importancia capital. En alguna medida, tal y como me pasó con Ramos Sucre, debí ser la primera estudiosa española que se dedicó a leer y trabajar la obra de Roscio. Estos y otros temas y autores quedan fuera de la valoración académica y no veo en el futuro inmediato la posibilidad de que la situación cambie. Otro aspecto que condiciona lo que podemos llamar el canon literario es la preferencia, dentro de la literatura latinoamericana, por los autores derivados de esa corriente telúrica o de tierra caliente que tanto llamaron la atención en la Europa de la segunda mitad del siglo XX. Ello vuelve a plantear una selección y una exclusión de los autores latinoamericanos que no continúan esos planteamientos. En realidad, el éxito del realismo mágico en Europa vino a camuflar la gran producción del continente, la variedad de sus escrituras. No sé si todavía los lectores europeos se han liberado de esos condicionamientos.

El sistema educativo ha sido profundamente transformado en Europa, sobre todo en el ámbito universitario, cuyo proyecto fundamental, el Plan Bolonia, impulsado por un organismo económico, como la OCDE, ha hecho circular su ideología pragmática sobre los estudios superiores. Esa ideología parece constelar con mucha fuerza en las disciplinas humanísticas. ¿Han sido impactados los estudios literarios por esa transformación?

-Es evidente que, en estos tiempos globalizados (que pueden cambiar después de la experiencia de la covid-19), las humanidades pierden siempre frente al pragmatismo de la sociedad actual, pero es algo contra lo cual no debemos permanecer impasibles. Las humanidades son las disciplinas más cercanas al ser humano, las más formativas, las que obligan a pensar y dialogar con los otros. Son disciplinas en las que se fomenta la libertad, la democracia, el pensamiento que conecta con los demás. Su ambigüedad misma hace que fomenten la tolerancia y el intercambio de las ideas. Las humanidades son necesarias, y hasta imprescindibles, para un ser humano integral. Dentro de mi faceta de profesora en dos universidades, La Laguna y Salamanca, siempre encontré interés por los estudios literarios, es evidente que, aunque el número de los estudiantes que empiezan las carreras es alto, al final de estos estudios se comprueba que son minoritarios, porque su misma entidad conlleva la selección de cuantos se someten a la disciplina de las humanidades, que obliga a estudios amplios e inabarcables. No todo el mundo tiene condiciones para trabajar con la lengua y el pensamiento desde dentro, tampoco se puede olvidar que la enseñanza de la literatura en España ha estado siempre ligada a los estudios filológicos. Pero en esencia, si una persona tiene interés por el pensamiento, por la lectura y por el lenguaje creo que puede tener condiciones para esta dedicación.

-El Plan Bolonia firmado por los países europeos en 1999, ha sido implantado con mucha timidez en España, si por ello se entiende que haya afectado a la metodología misma de la enseñanza. Porque una de las cosas que planteaba era la reducción de la cuota de alumnos y profesor, creo recordar que aconsejaban 12 estudiantes por profesor, eso era imposible en las universidades españolas, sobre todo en universidades como la de Salamanca, donde yo ejercía cuando se implantó ese cambio. En los cursos de asignaturas obligatorias el número de alumnos pasaba de cien, y era imposible implantar tareas personalizadas como las que exigía el Plan Bolonia. Recuerdo que el propio Ministerio de Universidades nos pasó una encuesta para saber si implantaríamos las novedades y creo que las respuestas o fueron ambiguas o negativas. En realidad, el cambio exigía un aporte económico imposible de asumir y mucho más cuando se presentó la crisis de 2008, así que el objetivo del establecimiento para 2010 de un Espacio Europeo de Educación Superior se ha cumplido en algunas de sus instancias, no en todas. Ha sido beneficioso en la homologación de los estudios, en la realización de proyectos de investigación y estancias investigadoras, o docentes, como las del intercambio de profesores y estudiantes Erasmus. Pero realmente no se ha cumplido respecto a la impartición de la docencia misma en la que también se respeta la libertad del profesor para impartir su magisterio. Y sin embargo ha habido dos cambios profundos en esta situación, uno el derivado del intercambio de estudiantes entre países, un fenómeno que tiene difícil vuelta atrás, incluso en estos momentos en que la pandemia de la covid-19 amenaza con la suspensión de las clases presenciales en las universidades. Los estudiantes europeos han tomado la muy sana costumbre de realizar sus estudios en dos o más universidades de su continente, -lo que se llama el Espacio Europeo de Educación Superior-- con lo que las clases que imparten los profesores presentan una gran variedad de estudiantes que proceden de los países europeos, sobre todo, pero también de Estados Unidos y Latinoamérica. El segundo fenómeno ha sido la presencia cada vez más potente de los medios audiovisuales y el manejo de internet. Hoy día las plataformas de estudio son indispensables para poner en con-

tacto a profesores y estudiantes. Cada vez se exigen más los materiales que tienen que ver con la imagen, como los videos y las presentaciones de Power Point. Sin embargo el libro sigue teniendo importancia y sigue siendo el cauce de la literatura y de la crítica. En definitiva, yo creo que las humanidades siguen presentando batalla a posibles imposiciones pragmáticas por parte de la ciencia. Los estudios humanísticos continúan, sobre todo porque enfatizan también la relación humana y el uso de las lenguas. Y a partir de los idiomas se establece la comunicación entre los seres humanos y en el caso del idioma español cuenta con la ventaja de ser hablado por millones de personas en una serie de países, muy en especial en Latinoamérica. Y una cosa lleva a la otra, el idioma también lleva a la literatura. En los años en que yo impartía docencia para estudiantes extranjeros que querían aprender el idioma, era indispensable ofrecer un curso de literatura latinoamericana que contaba con una mayor concurrencia que los que se dedicaban a la literatura de España.

-En definitiva, ahora mismo estamos en un momento de cambio. No sabemos, aunque se vislumbra, cómo va a ser la sociedad postcovid-19, se habla de una mayor incidencia del teletrabajo, con lo que ello afectaría a la presencialidad en las clases. Sin embargo, hace unos días, leí que el Rector de la Universidad de Salamanca hacía un llamamiento para volver a la normalidad pasada, insistía en que recibía opiniones de los estudiantes en las que se manifestaba su interés por asistir a las clases de forma presencial. En efecto, si no fuera así, la enseñanza de las humanidades quedaría enormemente lesionada. Esperemos ese futuro ya inminente.

En virtud de su extensa trayectoria en el estudio de la Literatura Latinoamericana, se le encargó la dirección de la prestigiosa revista Guaraguao. ¿Cómo ha asumido este reto?

-Guaraguao es una revista de larga trayectoria, ha cumplido 24 años desde que se fundó en Barcelona en 1996. Integrada en el Centro de Estudios y Cooperación para América Latina (CECAL), tiene la finalidad de promover el conocimiento de la cultura latinoamericana, apoyando su estudio, divulgación y difusión. La fundó y la dirigió con gran acierto el escritor ecuatoriano Mario Campaña, quien consideró hace unos años que debía dejar la dirección de la revista y pasar a ser editor. Yo acepté la dirección después de mi jubilación de la docencia, aunque unos años antes fui teniendo alguna responsabilidad en sus contenidos y formaba parte del equipo asesor. En 2018 Mario Campaña me hizo la propuesta firme de dirigirla, y cedí a su petición. Un par de años antes se había celebrado en la Casa de América de Madrid un gran acto que celebraba los 20 años de Guaraguao. Tuvo lugar el 14 de septiembre de 2016 y constituyó un acontecimiento especial para cuantos contribuimos a la materialización de cada número. El video puede verse en la página de la revista: www.revistaguaraguao.es. Se celebraba con este acto la aparición de dos números muy destacados, el 51, que tenía como tema “Madrid poesía. Líneas de fuga” y el 52 dedicado a los poetas e intelectuales de la independencia, donde, como tema central, se incluían algunos textos inéditos de José Joaquín Olmedo que compiló el crítico ecuatoriano Juan Castro y Velázquez, que ya no está entre nosotros y al que rindo recuerdo y homenaje.

-Lo que se me ofreció, al plantearme esta dirección, era, dada la trayectoria de la revista y su peculiaridad, un proyecto ilusionante y también un reto. Guaraguao es una revista de cultura latinoamericana, eso quiere decir que no es exclusivamente literaria, sino que se abre a otros campos. Esa faceta, que, en principio, estaba lejos de mis planteamientos, la convirtió en algo mucho más atractivo, por la posibilidad de ampliar los campos de abordaje de la realidad latinoamericana, y en consonancia, la libertad que ello imprimía a los colaboradores. Por otro lado, la revista tiene un diseño muy cuidado, y con ello hace grata la lectura, busca al lector también en el plano de su presentación. El hecho mismo de que, desde hace tiempo, cada número tenga una portada en consonancia con el contenido que se presenta es algo que debe tenerse en cuenta. Busca el gusto estético también en la conformación de sus páginas.

-Aunque, como he indicado, anteriormente estuve ligada a la aparición de los últimos números como presidenta del Consejo editorial, desde mi inclusión como directora han ido apareciendo los tres números habituales al año. El número 60 que estuvo dedicado a la literatura colonial bajo el título de “Alteridad colonial y representaciones”, en el que intervinieron especialistas como Carlos Alberto García Miranda, Beatriz Carolina Peña, Aleksin H. Ortega y Alex Lima. El número realizaba un especial énfasis en el licenciado Polo de Ondegardo y su tratado de “Los errores y supersticiones de los indios sacadas del tratado y averiguación que hizo el licenciado Polo” al que se dedicó la sección de “Recuperación”. Luego han aparecido otros números, como el 61, dedicado a las “Genealogías poéticas femeninas” que llevaba un subtítulo dedicado al trabajo de Julia Kristeva sobre Teresa de Ávila. Puedo destacar también los poemas inéditos de la poeta cubana Georgina Herrera, y desde luego varios artículos y testimonios relacionados con el tema. Fue un número que coordinaron Rosa García Gutiérrez y Margarita García Candeira de la Universidad de Huelva. El número siguiente, el 62, estaba centrado en las “Convergencias y fronteras poéticas” con un ensayo de interés sobre la otra dramática de Jorge Icaza a cargo de Juan Carlos Grijalva. A este se sumaban otros artículos sobre aproximaciones varias a la literatura chicana. En este número apareció también una obra de creación inédita, el relato “La banda Rapunzel” de Ednodio Quintero. En realidad, he intentado siempre difundir textos venezolanos, así en un número anterior pude publicar algunas minificciones de Jiménez Emán.

-Actualmente acaba de salir el número 63 dedicado a las “Líricas híbridas y las contaminaciones genéricas” que ha sido coordinado por Marisa Martínez Pésico y Alí Calderón. En él se incluyen, aparte de varios ensayos sobre el tema propuesto, importantes secciones como la recuperación del “manifiesto número 1 del sindicato de trabajadores intelectuales y artistas de cuba”, un documento esencial para entender la peculiar vanguardia cubana. Y en el apartado de creación inédita la publicación de una serie de poemas de Antonio Cillóniz, que obtuvo en 2019 el “Premio Nacional de Literatura del Perú”, poemas que proceden de su libro *Lectura de nuestra historia*.

-Tenemos en proyecto los números 64, 65 y 66, que esperamos se dediquen a temas como la literatura filipina en lengua española que coordina un destacado especialista en la materia como Jorge Mojarro de la Universidad de Santo Tomás de Manila. Este sería el número 65, y en el 66 se abordaría la relación de las Islas Canarias con América, para el que ya están trabajando profesores e investigadores canarios coordinados por Ana Luisa González Reimers. Destaco que justamente, el número 64, que saldrá en verano, estará dedicado a la literatura venezolana actual. Lo está coordinando Ioannis Antzus que es autor de un excelente estudio sobre la poesía de Guillermo Sucre, *La última claridad, el pensamiento literario de Guillermo Sucre* (2017). En él colaborarán, entre otros, importantes críticos venezolanos como Luis Miguel Isava, Carlos Sandoval, Gustavo Guerrero y Miguel Gomes. Esperamos que este volumen tenga también el interés de los lectores.

-Solo me queda agradecer la oportunidad de expresar estas ideas en un momento en que la pandemia de este 2020 obliga al confinamiento y a la reflexión, y con ello, en el fondo, a fomentar el diálogo, la lectura y el conocimiento de la literatura latinoamericana y venezolana.